

Amados y perdonados sin límites: fuente de la autoestima

Hna. Virginia Isingrini
Misionera Xaveriana y psicoterapeuta

La leyenda del santo bebedor

Joseph Roth cuenta en esta novela, con mucha belleza y dramatismo, la historia de un pordiosero, «Andreas Kartak», perennemente borracho. Una noche encuentra, bajo los puentes del Sena, a un misterioso desconocido que le ofrece 200 francos. Andreas, que tiene un puntilloso sentido del honor, en principio no puede aceptarlos, porque sabe que nunca podrá devolverlos. El desconocido le sugiere restituirlos, cuando pueda, a Santa Teresita de Lisieux, en la iglesia de Sainte Marie des Batignolles. Desde este momento, la vida del pordiosero es un continuo acercarse y perderse en el camino hacia la iglesia, para cumplir su imposible compromiso. Es como si deseara una sola cosa en su vida –devolver aquel dinero–, y, al mismo tiempo, no esperase sino ser desviado por innumerables ausencias, por mujeres casualmente encontradas, por viejos amigos que reaparecen y que le quitan hasta el último centavo. Una y otra vez, vuelve aquel misterioso personaje que le restituye el dinero y, como si nada hubiese pasado, le pide cumplir nuevamente la extraña promesa. Una y otra vez, Andreas despilfarra cuanto recibe. Cuando ya no le queda nada, «decidió –como suelen hacer todos los pobres y los bebedores– entregarse a Dios, al único en quien creía» (p. 78). Es así como aquella mañana de domingo, esperando que terminara la Misa en el templo de Sainte Marie des Batignolles, Andreas, a punto de entrar finalmente con el dinero en el bolsillo, se desploma acometido por un infarto. Una enigmática señorita, de nombre «Teresa », con la ayuda de los clientes del bar, lo lleva hasta la capilla de la santa, donde muere sin lograr, en apariencia, cumplir su promesa. Pese a que la novela no luce por la creatividad narrativa, el lector se encuentra a menudo envuelto por la tensión que el escritor sabe engendrar. Con él se pregunta una y otra vez si el protagonista logrará regresar el dinero, si dejará por fin de jugárselo de esa forma absurda e irracional. Hasta el fin se alberga la esperanza de que así será y, mientras más se acerca al cumplimiento de la promesa, más crece la esperanza en el milagro; pero éste se escapa cuando parece estar más cercano. Empieza así a brotar en el lector una especie de impaciencia, si no de coraje, hacia este hombre que, pese a su descuido e irresponsabilidad, no deja de ser generosa e injustamente socorrido por la Providencia. Roth logra contar esta leyenda como la historia de cada uno de nosotros. Es la historia de la misericordia de Dios hacia el hombre, con la Iglesia y la humanidad entera. Realmente sentimos un escalofrío en los huesos al pensar que Dios no se cansa de confiar en nosotros, a pesar de que no hayamos cumplido nuestras promesas incontables veces. Como Andreas, poseemos una honestidad de fondo que nos hace obstinados en esta búsqueda de merecer el amor de Dios. Por otro lado, como él, somos incapaces de corresponder como deberíamos. Loca e irracionalmente, malgastamos cuanto hemos recibido. El coraje y la desilusión al constatar esta serie de innumerables caídas y levantadas puede hacernos sumir en la desesperación. A veces nos agredimos a nosotros mismos despreciándonos o considerándonos como basura. O, como sucede más a menudo, atacamos a los demás por no ser tan buenos, tan irreprochables como deberíamos. Gritamos, culpamos, reprendemos,

censuramos o nos escandalizamos por sus faltas. Hasta los agarraríamos por el cuello, con tal de que fueran más conformes a los planes de Dios. Cerramos así nuestras entrañas a la misericordia, «salvando» a Dios de aquello que consideramos un injusto despilfarro de su perdón. Se nos olvida que, como Andreas, también nosotros tenemos nuestras cantinas donde gastarnos hasta el último centavo. Pero –como escribe Saul Bellow– «la remisión de los pecados es eterna» porque infinita es nuestra posibilidad de equivocarnos y caer. La novela parece tener un final dramático: Andreas muere sin cumplir la promesa. En realidad no es así. Muere, pero es conducido al templo por una misteriosa señorita de nombre Teresa. El dinero se deposita al pie de la estatua de la santa porque dejan a Andreas ahí, y él aún lleva consigo la cartera. Lo que no logró por sí mismo, lo logró como regalo de la gracia.

Amados sin límite

Jesús anticipa el perdón a quienes todavía no son dignos de él –sostiene el Card. Martini, ex Arzobispo de Milán–. No son nuestros actos los que nos hacen dignos de su perdón, sino que es Jesús quien, perdonándonos, nos hace dignos y capaces de vivir como sus amigos. La iniciativa es de Jesús...

Nos lo confirma San Pablo (2Co 5, 19), quien hablando del propio ministerio de reconciliación, dice: «En Cristo, Dios reconciliaba al mundo, no imputándole sus pecados y confiándonos la palabra de la reconciliación». Por tanto, Cristo resucitado no dice «Has pecado, arrepiéntete», sino más bien: «Yo te perdoné». La actividad de Cristo resucitado precede los actos del penitente y es la única que los hace posibles.

Estas palabras, «no imputándoles sus pecados», hacen eco a las de San Juan, en la narración de la adúltera (8, 10 11); palabras que probablemente crearon malos entendidos y dificultades en varias comunidades antiguas y que por eso quedaron excluidas de los Evangelios. El antiguo modo de buscar a Jesús logró entrar en ellos casi a la fuerza: en efecto, en muchos manuscritos no se encuentran estas palabras; el episodio termina con Jesús que «se quedó solo con la mujer, y le dijo: “¿Mujer, dónde están? ¿Ninguno te condenó?” Y ella contestó: “Ninguno, Señor”». Aquí no se habla de arrepentimiento en la mujer, ni de lo que ella está dispuesta a hacer; no se sabe si dejará de pecar, pero de todos modos Jesús le dice: «No te condeno». Estas palabras, que hacen eco a las de San Pablo, parecieron precisamente muy extrañas porque, si Jesús no condena, entonces todo es lícito. Por lo tanto, es mejor no poner estas palabras «peligrosas » en los Evangelios.

Podemos leer también una última palabra de San Pablo (1Co 15, 17), cuando dice: «Si Cristo no resucitó, vana es su fe, y todavía están en sus pecados». Podemos cambiar la frase de tal manera: «Si no aceptan a Cristo resucitado, están en sus pecados».

Aquí veo esa actitud que adoptamos bajo la forma de moralismo y hasta de virtud, cuando pensamos: «Cuando me decida a orar más, a empeñarme, entonces finalmente podré decir que he hecho algo; entonces el Señor verdaderamente habrá resucitado por mí». Es decir, seré yo quien hará resucitar al Señor, cuando en realidad Jesús resucitó para justificarme. Por tanto, no: cuando me decida a obrar mejor, el Señor habrá resucitado por mí, sino: puesto que el Señor resucitó por mí, puedo entregarme a Él con toda confianza.

Esta confianza supone, ante todo, olvido de sí. No se trata de buscar un préstamo moral nuestro, glorioso, como bella imagen de nosotros mismos para proyectar ante nuestros ojos.

Evidentemente, también es posible entender todo al revés, porque nosotros tenemos el poder de entender continuamente de manera desviada las cosas de Dios. Aun San Pablo tiene que defenderse de la acusación de que con su Evangelio promueve el pecado, pero no renuncia a esta presentación suya del mensaje cristiano, que, como vimos, se encuentra en el mismo Evangelio. No es solamente una sucesiva interpretación teológica paulina, es el corazón del Evangelio, es el Evangelio de la salvación de Dios para el pecador que no ha hecho nada para merecer esta salvación, ni siquiera un buen propósito, una esperanza de mejoramiento, una brizna de buena voluntad.

El perdón es el ápice del amor

Perdonar no significa negar la ofensa, hacer como si nada hubiese ocurrido, retomando el hilo ahí donde se había interrumpido. Significa, más bien, volver más grande aquel amor que existía antes de la ofensa, porque ¿qué amor sería uno que dejara de amar? La misericordia y el perdón son el único amor con que podemos ser amados. Quien ha experimentado algún día la alegría de sentirse perdonado, sabe bien que es un don inmerecido y que no está proporcionado a la sinceridad de las disculpas o de la enmienda.

Cuando percibimos con verdad nuestra falibilidad, estamos en las mejores condiciones para sentir aquella necesidad de aceptación y reconciliación con nosotros mismos que sólo en Dios puede ser plenamente saciada. El mensaje de reconciliación que nos viene de Dios, es también un mensaje de estima. El más decisivo y consistente que el hombre pueda esperar. Y constituiría la máxima experiencia de integración del mal en un concepto de sí definitivamente positivo.